

## El Palo de mamoncillos

Patty Rebellón



## Capítulo 1

El Palo de Mamoncillos.

Un día por la mañana, mi tía vio que algunas baldosas del corredor estaban despegadas.—Válgame Dios —dijo en voz alta—. La casa se está desbaratando.

Llamó a un especialista en todo tipo de reparaciones y le pidió su opinión profesional.—¡Ay, doña!, lo que pasa es que las raíces del palo de mamoncillos se le metieron a la casa.—¿Quééé? —exclamó indignada y como en una película le vinieron a la mente los momentos estelares del susodicho, que era más viejo que ella. La ropa de sus hijos y sobrinos que llegaba sin manchas hasta la bendita cosecha, la guerra que se declaraban a mamoncillasos con sus amigos; las hijas que invitaban a sus amigas y la más ágil se trepaba a lanzárselos desde el copo, mientras las otras corrían a esconderse o se arriesgaban a recibirlos entre la risa y el horror de que les cayeran en la cara para luego de tanto comer, quejarse, porque los dientes se les destemplaban; y cómo olvidar la venta que armaron las nietas en el portón de la casa durante unas vacaciones y... ¡Qué va!, no era momento para sentimentalismos. El asunto se había convertido en una decisión de vida o muerte. Tenía que escoger: la casa o el palo.

Por muchos años quiso tumbarlo, pues como dueña de la casa limpiaba el basurero que se amontonaba debajo de él, y lo peor, los escombros que dejaban los murciélagos que llegaban a comer la exótica fruta. Para evitarle disgustos uno de sus hermanos o su cuñado le compraban la cosecha entera para que desistiera de la idea de cortarlo. Así que no consultó con los hermanos que crecieron bajo su espesa sombra ni con los sobrinos que pasaron vacaciones ahí, o los hijos, para los cuales era parte de su patrimonio... Miró al cielo preguntándole a Dios por qué esa inmensidad de veinte metros de alto y quién sabe cuántos de ancho, le quería tumbar la casa después de setenta años.

Contrató al especialista quien llamó a un experto en serruchos y determinaron que lo mejor era quitarle todas las ramas pues el tronco pelado ya no haría más daños. Una semana después, despelucado y desnudo, inició su proceso de muerte. Pero no se rindió fácil. Mi tía descubrió espantada que del inmenso tronco retoñaban hojitas y ramitas y casi volvían a brotar mamoncillitos; pero su pánico no paró ahí, pues caminando por la sala tropezó con unas baldosas sueltas y al agacharse a revisar el daño vio las raíces; la pobre muy asustada, se lo imaginó como un pulpo estirando sus tentáculos por debajo del piso. Soñó inclusive que quería escaparse y que la casa se caía, mientras él corría calle abajo para evitar la muerte. Los dos expertos regresaron con un técnico en motosierras, pero en minutos se le recalentaba, así que desistió recomendando a uno que era diestro manejando el hacha. Además de

mutilarlo le hicieron zanjas a los lados. Le echaron veneno para todo tipo de malezas y finalmente, con todas las técnicas y expertos posibles, el tronco despelucado y desnudo quedó en el patio como una escultura. Al menos eso parecía hasta que después de un aguacero, mi tía sufrió lo que ella misma bautizó como la venganza del palo de mamoncillos, pues despedía un olor indescriptible. Los expertos regresaron decididos a desenterrarlo. Varios forzudos, armados con lazos, picos y palas lograron arrancarlo de la tierra. Con gran esfuerzo lo sacaron de la casa y lo recostaron a una pared; parecía un gigante que se sentó a descansar. Mi tía llamó a los bomberos, pero no se atrevieron a moverlo por miedo a dañar su camión. Por fin, un carretillero con sus dos mulas lo arrastró por todo el pueblo, se lo llevó para su casa y lo convirtió en mesa. En el patio, quedaron algunas ramas gruesas que mi primo convirtió en butacas.

Su muerte fue tragedia familiar. Mi tío político, un costeño que amaba el palo de mamón, como lo llaman en la costa, y uno de los patrocinadores de las cosechas, fue de los más afectados. Entró a la casa muy contento con la boca echa agua pensando en el banquete de mamones que le esperaba y tuvo que tragar entero; a pesar de su acostumbrada decencia, se enfureció.—¡Hombre!, ¿qué vaina, qué pecado has cometido? —le gritó a mi tía. Pero ella estaba harta de lidiar con el gigante y sus secuaces y tenía razones más poderosas que el sentimentalismo familiar.—¿Ah, sí?, ¿qué quería?, ¿qué me quedara sin casa?, ¿usted con palo y yo sin casa?—¡Qué insensatez!, ¡asesina!, ¡inconsciente!, ¡infame...! —Y soltó una retahíla que fue el principio de los reclamos y sobrenombres que soportó mi tía.

Uno a uno los miembros de la familia fuimos apareciendo y al ver el hueco que dejó el palo de mamoncillos, sentimos un vacío en el corazón. Fue muy dura su muerte y a estas alturas, nadie sabe por qué lo llamamos palo, si de todo tenía, menos de palo. Pues era un árbol frondoso lleno de vida. Tanta vida tenía que ni aun muriendo, dejó de vivir. Aún hoy, después de varios años, cuando nos sentamos en el patio que ahora hierve sin su sombra, recordamos con nostalgia las cosechas, los jugosos mamoncillos, los dientes destemplados y suspiramos, pues para todos, inclusive para mi tía, no murió un palo, sino un familiar muy querido que vivió junto a nosotros por varias generaciones y es parte de nuestra historia.

Hoy, escribiendo este cuento, recuerdo el palo de mamoncillos y sonrío; me limpio una lágrima que se me quiere escapar y aspiro hondo, queriendo traer a mi memoria el sabor, el aroma y el amor que compartimos bajo ese árbol, pues eso era él, un gran árbol, un ejemplar majestuoso de la naturaleza.

Patty Rebellón.